

**Silvia Núñez
del Arco**

AE
& I



**HAY
UNA
CHICA
EN MI SOPA**



La historia real

Silvia Núñez del Arco

Hay una chica en mi sopa

La historia real

A Zoe y Jaime

You're on your own, kid
Yeah, you can face this
You're on your own, kid
You always have been

TAYLOR SWIFT

PRIMERA PARTE

I

Un día mis padres decidieron cambiarme de colegio. Nunca entendí por qué. A mí me gustaba mi colegio anterior, tenía amigas y buenas notas. Pero mis padres decidieron que yo debía ir a un colegio alemán. Aprender el idioma, familiarizarme con su cultura. Supongo que en el fondo tenían la ilusión de que, terminado el colegio, me fuese a estudiar a una universidad en Alemania. Nunca me han gustado los cambios. La idea de un colegio nuevo, con amigos nuevos, me daba pánico. Me asustaba y preocupaba también la idea de crecer y mudarme a otro país. Todo eso me parecía terrorífico.

El colegio alemán tenía un programa en el cual podías postular en sexto de primaria y someterte a cursos intensivos de alemán los dos primeros años. Entonces, para primero de media, se suponía que ya estarías nivelado en el idioma con el resto de las clases —salvo, por supuesto, por aquellas en las que estaban los hablantes nativos de alemán—. A ese programa de aprendizaje el colegio le llamaba «ingreso lateral». No era fácil ser aceptado. Según me contó mi madre, postulaban alrededor de trescientos alumnos y entraban solo veinte. Supongo que buscaban niños con habilidades para aprender rápido un idioma nuevo, porque de eso se trataba el programa.

Pasé por el proceso de exámenes sin hacer grandes esfuerzos. Nos hicieron dos pruebas escritas, luego una entrevista, y después, por las tardes, cuando ya los demás alumnos se habían ido a sus casas, hacían una especie de simulación de clases. Nos sentaban en las aulas, nos dictaban clases y nos tomaban pequeños exámenes de Matemáticas y Lenguaje. Supongo que ahí medían nuestra capacidad para aprender. En fin. Yo no quería estar ahí, pero no lo demostraba. Simplemente hacía lo que me pedían que hiciera. Porque la selección era tan rigurosa que en el fondo pensaba que no me aceptarían. Me equivoqué.

Me molestó que mis padres tomaran la decisión sin siquiera preguntarme y yo me enterase escuchando una conversación telefónica de mi madre con una amiga.

—Si todo va bien, a Lucía la vamos a cambiar de colegio el próximo año.

Por supuesto, pensé que se trataba de una broma o que había escuchado mal. Pero no. Era cierto, iba a ocurrir, y yo no podía hacer nada para evitarlo.

Me negué, lloré, les rogué a mis padres que me dejaran en mi colegio de entonces. Pero no me escucharon. Terminé dando los exámenes de ingreso sin grandes esfuerzos o ilusiones. El proceso de admisión tomó algunos meses. Entonces, el tema quedó en el aire, hasta que una tarde llegó la carta en la que decían que me habían admitido en el bendito colegio alemán. Me quedé sorprendida de que me hubiesen elegido; quizás, en el fondo, muy en el fondo, estaba halagada. Nunca había visto a mi madre tan contenta en toda mi vida.

II

El primer día de clases fue muy extraño. Mi padre me dejó en el nuevo colegio, y cuando estacionó frente a la puerta, tuve miedo de bajarme del auto, pero no tenía opción. Crucé la entrada, caminé al patio y me vi rodeada de centenares de niños que corrían y jugaban a gritos, dando saltos y jalando sus maletines con rueditas. Vi los salones del primer y segundo piso. Las puertas eran plateadas y tenían una gran ventana por la que uno podía ver un poco lo que había dentro de cada salón. A diferencia de mi anterior colegio, no había carpetas individuales. Los asientos eran mesas de madera barnizada, rectangulares y lo suficientemente anchas como para que entrasen dos personas. Las pizarras también eran distintas. Eran verdes, plegables y mucho más grandes que a las que estaba acostumbrada. Había grandes jardines, flores por todas partes.

Abrumada por los gritos de los demás niños, me senté sobre mi lonchera en una esquina, escudándome detrás de mi maleta de rueditas, tan nueva como todo lo que me rodeaba.

Traté de buscar alguna cara familiar, a alguien a quien hubiese conocido durante el proceso de admisión, pero no tuve suerte. Mientras recorría con los ojos el ambiente, de repente me detuve ante una ventana. Mi reflejo me devolvió

la mirada. Se me veía tensa, con los hombros hacia adentro. Respiré y corregí mi postura. Tenía que disimular mi nerviosismo, si no, los niños se iban a dar cuenta y me iban a fastidiar. Luego sonó el timbre y todos desaparecieron a sus respectivos salones. Yo me quedé unos segundos en el patio, escuchando el silencio o tal vez disfrutándolo. «Sexto B», pensé. «Debo averiguar dónde queda sexto B».

Llegué algo tarde a mi clase, porque cuando entré, la mayoría de los niños ya se había ubicado en sus mesas de a dos. Me senté en una carpeta en la última fila. Saludé con timidez a mi compañera de pupitre, ella me saludó de vuelta, de la misma manera. Estaba observando la decoración de la clase cuando entró la profesora.

Alcé los ojos y la vi. Entró sonriendo y caminando de prisa. Su forma de andar, tan segura de sí misma, me llamó la atención. Llevaba el pelo suelto. Era ondulado y de un rubio cenizo, y combinaba con aquellos ojos azules que miraban con curiosidad las caras de los niños que tenían en frente. Cuando su mirada se cruzó con la mía, creí sentir que me observó un poco más que a los demás, como si el tiempo se hubiese detenido un instante. Me miró de una manera extraña, como si algo en mí le hubiese llamado la atención. Sonrió, y algo se encogió en mi pecho. Toda mi vida había querido que alguien sonriera así al verme. Con solo ese gesto me hizo sentir importante, bienvenida en el nuevo colegio.

Puso su maleta sobre lo que sería su escritorio y, sin dejar de sonreír, se presentó:

—*Hallo, ich bin Frau Alicia Witz und werde eure Deutschlehrerin sein.*

Todos nos quedamos en silencio porque no entendimos qué nos acababa de decir, y me quedó claro que a partir de ahora nos iban a hablar en alemán, incluso aunque supieran que no estábamos entendiendo. *Frau Alicia Witz* empezó a ca-

minar carpeta por carpeta, como analizando a cada alumno. Cuando llegó a mi lugar, vio mi cuaderno forrado con papel azul y pareció aguantar la risa. Yo había forrado mis cuadernos con papel de colores porque así me lo pedían en mi colegio anterior. Cada asignatura tenía un color distinto. Por alguna razón asumí que en este colegio también sería así.

Me dijo algo en alemán que no logré entender. Luego levantó mi cuaderno y habló en español al resto de la clase.

—No necesitamos forrar los cuadernos —dijo con cierto acento, aunque hablaba el español bastante bien.

Todos voltearon a mirarme y yo me puse roja. Me había dado vergüenza que usara mi cuaderno forrado como un ejemplo de lo que no se debía hacer. Algunos de mis compañeros rieron y cuchichearon cosas que, me parecía, eran contra mí. Me sentí en jaque, como si todos estuviesen conspirando en contra de mí. Y *Frau* Alicia era la jefa de la conspiración, la causante de que todos me miraran como lo hacían. De pronto, la odié.

Algo se movió en todo mi cuerpo. Una sensación extraña, de rechazo. La quería fuera del salón y lejos de mí. Pero ya era tarde, estaba arruinada. En lo que restaba del año, y tal vez el siguiente, ella iba a ser nuestra profesora de Alemán. Alemán intensivo, además. Nueve horas por semana.